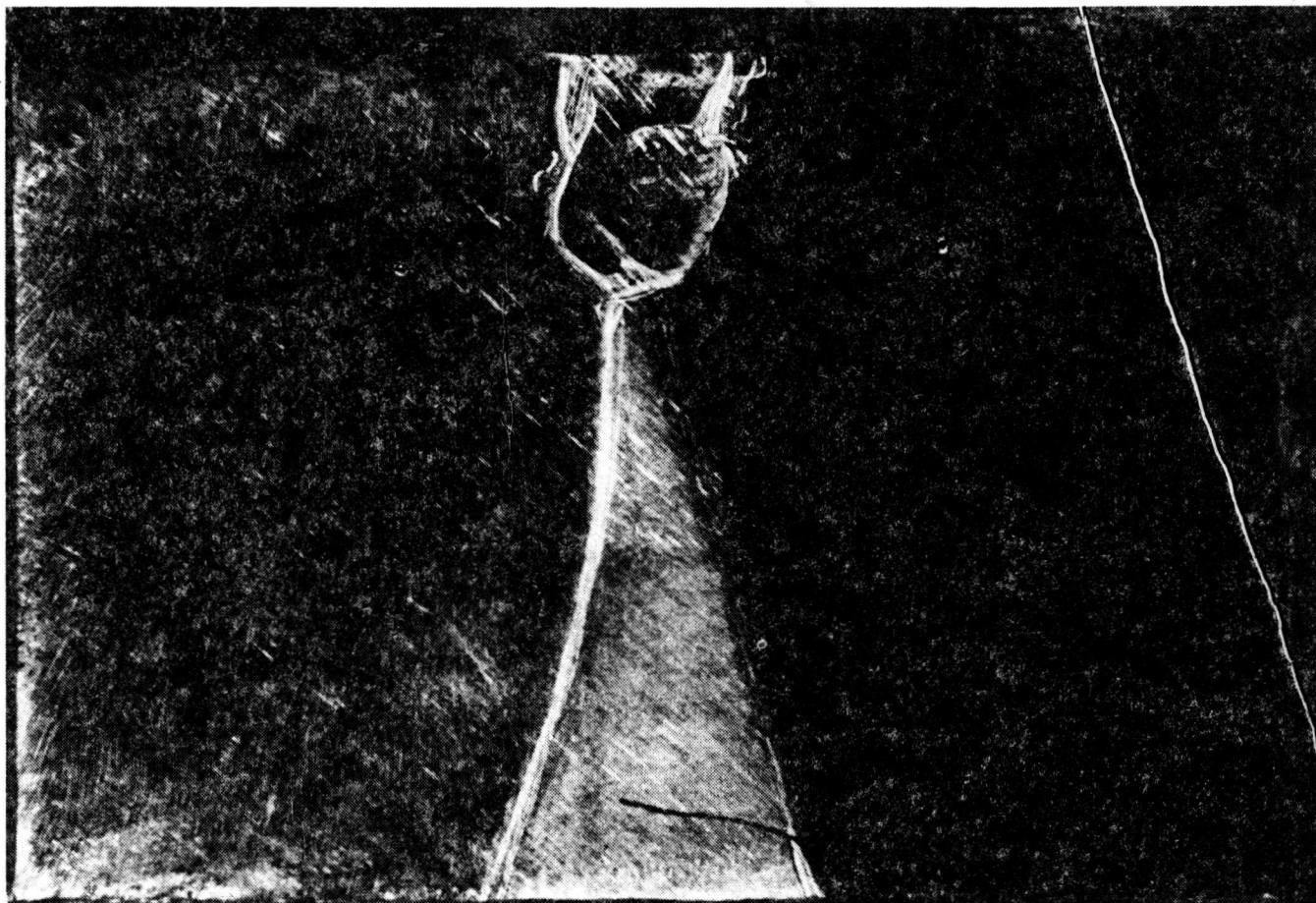

EL VISITANTE

Por
Santiago Mutis Durán



Germán Páez Morales. Sin título. Monotipo. 1985.

Emilio Sánchez o el silencio de la luz

Para Beatriz González

En la casa de Emilio suceden milagros; no como aquel que hizo extraviar la ruta a una bala nocturna destinada al corazón de mi abuelo, y que se detuvo, con su azul

incandescente y conservador, en el bolsillo de su chaleco, allá en el remoto San Gil.

Los milagros de la casa de Emilio son lentos y suceden al aire libre a la vista de todos, que somos nosotros, pues por sus cuadros no asoma ni un alma, tan solo la del aire quieto de la luz del Mar Caribe, intensa y directa, plena, y que nos deja muy cerca del sol.

Muchas vidas, muchos pensamientos que se lleva la luz, regresan como un prodigio de la memoria, como una invención diabólica que trae intactos los años que ya no son, pero en los que volvemos a creer con una verdad tan intensa que puede ser la última, y que sólo un rayo de aquel astro ensimismado de intensidad es capaz de recuperar, porque esa luz guarda muchos de nuestros secretos.

Algo de todo esto, que le es propio a la pintura de Edward Hopper, ha heredado Emilio Sánchez. Ya no se trata de seguir los pensamientos de una mujer que al borde de sí misma descifra sin saberlo el "lugar del mundo y del tiempo" en que se halla, ese momento en que tú y yo, sin conocernos, pensamos lo mismo en dos puntos distantes de la tierra, porque todo se ha detenido para que podamos comunicarnos. Son momentos de felicidad, el único criterio válido para reconocer el arte, según Worring, el sabio, y Elkin Restrepo, amigo y poeta.

Pero lejos de esta memoria diáfana que es la luz, está la discreta obra de Emilio Sánchez, casas solas de su isla, casas de madera que retienen el aire del mar, estancias silenciosas; en donde se oye el eco de la luz del medio día.

Las intensas mañanas que pinta Emilio Sánchez, golpean con su inmensa blancura las puertas entreabiertas, los oscuros corredores, el rojo de los techos, el amarillo de las ventanas y las habitaciones vacías. No hay nadie ni nada en estas casas aisladas del ruido. Sólo una fresca sombra las vive, como un pájaro en una jaula abierta. Son casas de provincia que Emilio Sánchez aísla como relojes de sol, como si fueran primitivos instrumentos musicales para que suene la bella sombra del día:

No hay gente rondando el milagro que atrapa Emilio Sánchez, pero él humaniza la luz, la geométrica luz con persianas de madera, las geométricas sombras como el juego de los recuerdos, el geométrico viaje del tiempo y de una idea bajo el cielo azul de la infancia que es tan nítida como el presente, porque Emilio Sánchez pinta sólo la luz viva, la quietud de la luz que encandila, la luz material e "incorruptible" en donde el hombre levanta sombras apacibles para resguardar su intimidad: el hombre bajo los límites de la luz sin límites.

En la más reciente exposición de Emilio Sánchez ya no estamos ante sus casas quietas, que abren sus puertas al horizonte del mar, sino que nos encontramos en estrechos callejones en donde las altas ventanas descuelgan sus sombras, hojas de madera que se abren deteniendo el pesado sol, tiendas desocupadas con sus toldos sonoros a la hora de la siesta obligatoria, inmensas paredes aridas de blanco...

Se presienten las estaciones del tren abandonadas al rigor del trópico, los grandes edificios de esquina que el sol convertirá en ruinas, los antiguos hoteles que ya nadie visita y que murmuran su bullicioso esplendor de otros

tiempos, las amplias haciendas de las que pronto se apoderará la maleza y, tal vez, los pájaros...

Pero aún la nostalgia no toca la obra de Emilio Sánchez; por ahora reina el rotundo sol en su mundo silencioso, que él preserva de la destrucción con su alma sencilla, jugando con la cola de ese gran gato negro que es el misterio.

George Segal

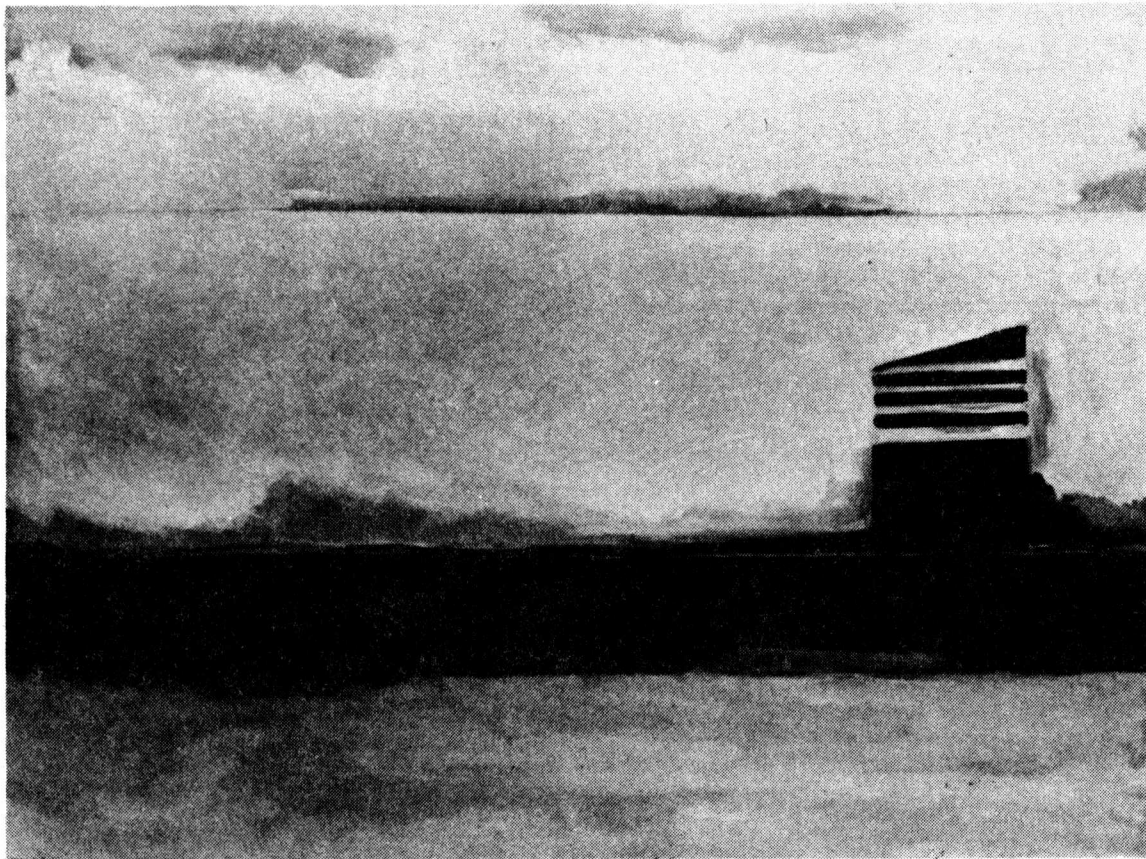
Cuánta expectativa mantienen nuestros ojos. Como si algo que viniera de lo exterior nos fuera a proporcionar la certeza de estar vivos. Serenos cazadores de milagros. La mente siempre echando a volar sus aves de acecho. Halcones de afilado instinto que llevan en el fondo de sus pupilas los movimientos de la presa. Abajo, criaturas que oyen pasar las sombras de los pájaros. No sienten la transparencia del aire que mueve las alas de vuelo porque la llevan muy allá, en donde debería estar el alma, ese vacío sin límites en el que la gente pregunta por alguien que ya no está, porque preguntan por ellos mismos, criaturas a merced del tiempo, que es su propia savia. Afilados colmillos que adormecen a la víctima robándole el vigor de su sueño, de su esplendor.

Qué lejos has ido a parar; cuánta distancia hay en tus gestos; cuánto desamparo silencioso respira tu cuerpo de hoy. Una pesada nieve que nadie ve cae delante de ti. Todo esto ya no es un juego. Qué camino tan largo has recorrido sin desearlo. Estás solo, sin otra posesión que lo que la vida te ha dejado ver. Ya nada hay dentro de ti, salvo los sonidos del mundo, tan distinto a lo que tú pensabas. ¡Y creías estar vivo! Es como si de todo nos separara el cristal del sueño. Eres una presencia de luz que contempla el aura inalcanzable de cada ser. ¡Regresa!, grita algo muy adentro de ti, y el grito que no das cubre todas las cosas del mundo, y ellas te devuelven tu grito con el eco de su propio vértigo.

Una multitud, una muchedumbre de soledades. Nadie puede llegar a nadie, porque todos callan y están retornando a su único sueño, que se desgarran y da vueltas, y llamas a alguien con otro nombre, y todos tejen su destino con la voz de recuerdos que no puedes tocar; y con quien conversas es una ilusión, un sueño que tú soñaste y que está ocupado en encontrar el manantial que escucha.

Para ti, Segal, mi voz no es nueva, soy un aura antigua que ha venido a llevarse su propia soledad, el único tesoro que nos llevaremos de estos días, que no pudimos conservar. Pero tú también callas y regresas no sé a dónde, y no me dejas revivir el fuego que delante de ti se apaga.

George Segal es un escultor, un hombre que ve muy adentro de los hombres. Nadie escapa ni puede ocultar su secreto delante de él. Si una mujer deja su cama y se levanta desnuda a cerrar la puerta de su cuarto, Segal la ve desde su casa en el campo. Si un hombre conduce su camión



Martha Morales. "El fin y el medio". Oleo/tela. 90 x 1.10 cms. 1985.

y da vuelta en la esquina para ir a dormir, porque es tarde y ya la carga se entregó y terminó el viaje, Segal lo sabe, como sabe también de aquel otro hombre que sale al anochecer con una maleta, un abrigo pesado y deja una nota para alguien que duerme. Segal está despierto, fumando en su cuarto bajo un cielo sin estrellas, y desde allí ve y oye todo: al cajero que termina la labor y recoge su saco oscuro; al hombre que piensa removiendo en su tasa los residuos del café de la tarde; a aquel que mira a una mesera que comienza a dejar de ser joven y se seca las manos en el delantal, al fondo de la tienda. Segal los conoce a todos, al de sombrero negro que busca en sus bolsillos una carta leída cien veces, al que sentado en el restaurante de siempre pretende quitar una arruga de su pantalón descubierta con pudor y cariño distraídos, al que conversa por teléfono a las dos de la madrugada, al que va solo al cine, al que duerme y dejó el radio encendido, al que al llegar a su habitación sirve leche para el gato, al que lee en un aeropuerto, al que limpia su pipa, al que hace fila pacientemente para reclamar su pensión, al que dobla para mañana su único vestido, al que se afeita en su baño estrecho, al que se sienta al borde de la cama y por un instante no piensa en nada, al que baja del closet una caja empolvada de un viaje que no se repetirá, al que cierra la persiana porque ya son las siete, al que conversa en la mesa jugando con las migas de pan

antes de dar las buenas noches, al que deja caer su libro vencido por el sueño... Y Segal ve arder el silencio viéndolos a todos, uno por uno, y que juntos son una ciudad, un enjambre de oficios y destinos que trabajan en silencio, que descansan en silencio, que son en silencio. ¡Qué cerca y qué lejos estamos unos de otros! Qué intensas son sus quietudes, sus "movimientos", su respiración hacia adentro. Segal ve en tantos hombres a uno solo, a aquel que siente viendo al otro los movimientos de su alma. Por eso al ver a sus hombres y mujeres de yeso sabemos que nada nos ocultamos, que somos uno mismo, un mismo ser que está aquí y allá al mismo tiempo. Que tú llevas todo lo mío, que los silencios del cuerpo hablan un lenguaje único, que todos los que callan o hacen algo cotidiano están hablando entre sí. Segal sabe que nunca hemos dejado de decirnos algo unos a otros, algo que todos conocemos pero no sabemos qué es, algo que todos somos pero que es inaprehensible, algo de lo que hablamos sin palabras, como si retornáramos al sueño común del que está hecha nuestra propia caída, algo misterioso que me dice que yo también estoy dentro de esa mujer que cose, que ella es mi propia imagen, y nos contempla. Pareciera que la obra de Segal es la vida y nosotros las calladas figuras que ella observa con atención.